

Sermon

26 octubre 2008

Texto: Mateo 22:37

“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente... Y amarás a tu prójimo como a ti mismo.” Al escuchar en nuestro Evangelio hoy que Jesús resume el contenido de toda la ley de Moisés en esas dos frases, podríamos pensar que lo que dijo era original de él. Pero en realidad, Jesús simplemente estaba citando la misma ley como la encontramos en el Antiguo Testamento. En el libro de Deuteronomio, después de dar los diez mandamientos, Moisés le dice al pueblo: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas.” Y en nuestra primera lectura de hoy del tercer libro de Moisés, Levítico, leemos, “Amarás a tu prójimo como a ti mismo.” Entonces, Jesús no estaba diciendo nada nuevo. Según la Biblia, esas palabras eran de Moisés más de mil años antes de Jesús.

Sin embargo, aunque la idea de amar a Dios con todo el ser de uno y de amar al prójimo como a un mismo no era nuevo en la época de Jesús, sí lo era en la época de Moisés. Hoy día estamos tan acostumbrados a afirmar que Dios nos ama y que debemos amar a Dios que no nos damos cuenta de que esas ideas eran casi desconocidas en las religiones de la antigüedad. Los cananeos que vivían en la tierra de Canaán, por ejemplo, adoraban a Baal y otros dioses y diosas que eran de la fertilidad y de la lluvia. Pero no decían que esos dioses los amaban, ni que los seres humanos les debían amar. De hecho, a veces les ofrecían a sus hijos en sacrificio. Lo mismo se puede decir de los dioses babilonios o egipcios, o griegos o romanos: que yo sepa, nunca se dijo, “Zeus o Júpiter o Hermes o Venus te ama.” Esos dioses eran caprichosos y a veces hasta crueles. El filósofo griego Aristóteles inclusive escribió que era absurdo pensar que Dios podía amar a los seres humanos, o que ellos pudieran amar a Dios. Y lo mismo podríamos decir de otras religiones. En las religiones de aquí de México, por ejemplo, que yo sepa, nunca se dijo, “Amarás a Tlaloc el dios de la lluvia o a Huitzilopochtli el dios de la guerra con todo tu corazón, como él te ama a ti.”

Por eso, hablar de amar a Dios y ser amados por él era bastante novedoso en la antigüedad. El Dios de Israel amaba a su pueblo, y les pedía a ellos que también lo amaran y que amaran a los demás, particularmente a los más necesitados, como leemos en nuestra primera lección hoy. Aunque les había dado la ley, la había dado por amor, para guiar al pueblo y asegurar que hubiera paz y justicia entre ellos. De hecho, Dios quería que lo amaran, no por algún deseo egoísta, sino por el bien del pueblo mismo. Porque amar a Dios significaba comprometerse a hacer su voluntad, y su voluntad era precisamente que todos se amaran entre sí. Para que haya bienestar entre los seres humanos, necesita haber amor al mismo tiempo.

El amor tenía que estar en el centro de su vida para que pudieran ser felices y estar bien.

Sin embargo, con el tiempo, muchos miembros del pueblo de Dios se olvidaron del amor. Sí observaban con mucho cuidado la ley, absteniéndose de comer ciertos alimentos, guardando el día de reposo, y cumpliendo con los demás mandamientos. Pero el amor ya no estaba en el centro de su vida. Jesús criticó a los fariseos por diezmar la menta y el eneldo y el comino pero dejar lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia, y el amor de Dios. Y por eso, cuando uno de los fariseos se le acerca en nuestra lectura de hoy, preguntándole acerca del mandamiento más importante de la ley,

Jesús le dice que lo más importante es el amor a Dios y a los demás. El amor tiene que estar en el centro de la relación que uno tiene con Dios y con los demás; si no, por más que uno guarde los mandamientos, no está cumpliendo la ley.

Eso se le olvidaba no sólo a los judíos sino a los primeros cristianos. San Pablo, por ejemplo, tuvo que recordarles a los corintios cuando estaban divididos y peleados entre sí, “Si yo hablara lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, soy como metal que resuena o címbalo que retiñe... y aunque repartiera todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregara mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, de nada me sirve.” De igual manera, en el libro del Apocalipsis, San Juan tuvo que escribirles a los de la iglesia de Efeso: “Yo conozco tus obras... has sufrido, y has tenido paciencia, y has trabajado arduamente, y no has desmayado. Pero tengo esto contra ti, que has dejado tu primer amor.” En ambos casos, los miembros de las iglesias de Corinto y Efeso seguían trabajando y eran muy activos; pero el amor ya no estaba en el centro de todo lo que hacían. Y por eso, se les había olvidado lo más importante.

Lamentablemente, muchas veces pasa lo mismo entre nosotros. Pasa mucho con personas que en algún momento eran fieles y activos en la iglesia, y se van alejando. Pero también pasa con los que seguimos aquí. Puede ser que casi no faltemos, que demos una buena ofrenda, que trabajemos en la música o el consejo o inclusive en el ministerio pastoral; pero como los de Efeso, aun así es posible que hayamos dejado nuestro primer amor. Las palabras de Jesús hoy nos recuerdan que siempre tenemos que estarnos preguntando: ¿realmente sigo amando a Dios? Tú—¿realmente sigues amando a Dios de alma y corazón? ¿Estás aquí por costumbre o porque todavía arde dentro de ti el amor por Dios, como el fuego de esta vela? ¿Sigue fuerte ese amor? ¿O se ha ido apagando, tal vez sin darte cuenta?

¿Y qué tal tu amor por los demás? ¿Todavía arde en ti también ese amor por los demás que están aquí, y por los que están allá fuera? ¿Realmente amas a la gente? ¿de corazón? ¿O se ha enfriado tu amor con el tiempo?

Podríamos pensar que si nuestro amor por Dios y por los demás no es lo que debería ser, es responsabilidad nuestra hacerlo crecer otra vez. Pero en realidad, no es tan sencillo. Porque lo único que puede hacer crecer nuestro amor es recibir amor, ser amados. Eso significa que el amor de cada uno de los que estamos aquí depende de los demás y no sólo de uno mismo. Todos tenemos una responsabilidad los unos con los otros de amarnos y no dejar que se vaya disminuyendo o apagando el amor. Es como cuando hacemos un bautismo: en el rito de bautismo, hay una parte donde la congregación se compromete a recibir y alimentar y cuidar al recién bautizado. De la misma manera, para que no se apague el amor en nosotros, cada uno necesita seguir experimentando y sintiendo el amor de los demás, y el amor de Dios por medio de los demás. Y lo que tiene que hacer cada uno, sobre todo cuando siente que su amor por Dios y los demás se ha ido apagando es seguirse manteniendo en contextos como éste donde puede seguir experimentando el amor de Dios a través de los demás. O sea, nuestra primera preocupación no debe ser cómo *dar o sentir* el amor, sino estar en un contexto donde lo podamos *recibir*; y así, al recibirlo y experimentarlo otra vez, lo podremos dar nuevamente.

Pero al mismo tiempo, si nuestro amor por Dios se va a mantener en el centro de todo lo que hacemos, tiene que mostrarse no sólo aquí entre nosotros, sino allá afuera en el mundo, tanto en nuestros ministerios como congregación, como en la vida personal de

cada uno de nosotros. Y ese amor depende de que no olvidemos nunca el amor de Dios y su Hijo Jesucristo por nosotros, del cual el símbolo supremo es esta cruz. Ponemos esta cruz siempre en el centro de nuestro templo para recordarnos que el amor tiene que estar siempre en el centro de nuestra fe y nuestra vida como individuos y como congregación.

¿Cómo anda tu amor por Dios y por los demás? ¿Arde todavía como debería? ¿Está fuerte la llama, o se ha ido apagando? ¿No has dejado tú tu primer amor? Dios te invita a encontrarlo aquí otra vez.